

**DE LAS COSAS QUE OCURRIERON CUANDO
LA INCORREGIBLE AUSTROBERTA
TAPO LA OLLA**

Cuando los vendedores llegaban al pueblo el buen humor se esparcía como agua bendita.. Se derramaba por calles, techos y portales. Llegaba a todas partes menos a la casa de Don Pascual. Muchos alegan que era cosa muy vieja, quizás de generaciones mismas, su hondo rencor a los vendedores. “No son oficios santos”, solía responder cuando ella o alguien, al viento de una conversación, recordaba que por esos tiempos regresaban los vendedores.

--No veo qué tiene de malo vender cosas.-- replicaba Austroberta para continuar de corrido--: ojalá tuviéramos..” Y con inexplicable malignidad dejaba colgando las palabras. Desde ese momento en adelante ya nada hacía con juicio. Los vasos se le caían; los platos resbalaban de sus manos sin que pudiese evitarlo. La escoba, los trapos, en fin, los enseres de la rutina doméstica se le extraviaban sin justificación alguna, pero ella encontraba que la causa de tanto atolondramiento no era otra que la llegada inminente de los vendedores.

Que ya debieran andar por allí-- musitaba y tan fuertes eran los tirones de la curiosidad que cuando volvía a sus cabales se encontraba en medio portal buscando por la calle que se llega al pueblo lo que ya debió suceder. Mas por toda respuesta, sólo encontraba el rostro prolongado de la siesta. “Quién ha dicho que es pecado vender...? Otra sería su situación si en vez de estar como está, atendido a cobrar pastaje, se dedicara a vender algo”. De regreso a la cocina pasó por alto recoger del suelo lo evidente, es decir, los vasos y platos tirados, en sus ansias por encontrar lo que no necesitaba; la escoba y todo lo que se le iba perdiendo por “razón de sus deseos”.

“Que por qué le gustaban los vendedores..? Vaya a usted a saber.. Como si en el pueblo abundaran las diversiones”. En esos se le escapó una sonrisa que reprimió en el acto-- en el pueblo estaba terminantemente prohibido reír-- al recordar los ademanes del mudo relatando las peripecias del señor Cura con doña Concepción allá por las lejanías del Puerto y casi a la medianoche. Y lo bien que se explica el mudo conversón. Lo peor de todo es que el insensato Cura, confiado a que el Facho no podía hablar, siguió indiferente

en sus calores y doña Conce en su sofoco, con las puertas del coche abiertas, justamente frente al mudo que los miraba realmente aterrado. Y no más concluyó la amorosa faena, cuando el Facho irremisiblemente arrastrado por ese inesperado ventarrón de acontecimientos, se situó en media Panadería, preguntando, con un diluvio de morisquetas frenéticas, quién le pagaba por una buena historia. Fue así como a la mañana siguiente, a la hora misma de la sagrada misa, todo el pueblo estaba al tanto de los amores secretos del señor Cura con la recatada doña Concepción. Y la hipócrita hasta comulgó esa mañana. “Seguramente para recordarle algo que se le olvidó”— murmuró para sí Austroberta, parada nuevamente, sin proponérsele, en medio del portal buscando en el sopor del pueblo lo que ya debió ocurrir.—

—Es que esperas a alguien..?

—A nadie— respondió sobresaltada. Y para que no le sorprendieran ni las ojeras de la malicia cambió de tema:

Con tanto calor no demora el agua.

—No va a llover.— En ésto don Pascual fue irrevocable de modo que renunció a todo diálogo dado que don Pascual no se molestaba en argumentar.. Además, no mentía. Austroberta no recordaba un pronóstico equivocado de don Pascual. No solo era certero en asuntos de aguaceros y tormentas; igualmente acertaba cuando predecía partos, de humanos o de reses, así como la índole de los sexos por venir. “Por eso es que habla poco” se decía con la mas absoluta resignación porque a la verdad, era un amasijo de años los que llevaba esperando una equivocación que huía despavorida a sus aciertos.

—Entonces, si no llueve nos asaremos todos.

—Nos asaremos, pero no va a llover.

Efectivamente, no llovió y el pueblo estuvo a punto de desaparecer abrasado aquellas tardes de marzo. Los perros se echaron para la siesta acostumbrada y no despertaron en los próximos tres días. Era como una población de perros muertos por todas partes. La gente, como nunca ocurrió antes, estuvo durmiendo sin dar muestras de vida en los siguientes días. Afortunadamente al tropezar con semejante desolación el primero de los vendedores en llegar, gritó:

—El pueblo se fue!

Y estas palabras desvanecieron el encantamiento. Alguien que las escuchó dijo sacudiendo con violencia la espesura de la siesta:

—Llegaron...!

Tras el anuncio avanzó la algarabía. Los perros despertaron a la vez estremeciendo la pereza del pueblo con el escándalo monumental de sus ladridos de espanto. Austroberta, que se revolcaba aún en las profundidades del sueño, dijo como sonámbula:

—Pascual, llegaron..

De los intersticios del pecho, solo un rugido soltó don Pascual, pero que fue muy claro para ella.

—Sí, llegaron— insistió

—Quiénes..? replicó don Pascual tercamente incrédulo, cuando ya, luego de dormir treinta y seis horas continuas creía haber perdido el habla.

—Los vendedores..!

—Son engaños de los deseos. Vuelve a dormir.

—No puedo,— son las cuatro de la tarde.

—Sí puedes—

Por un instante don Pascual estuvo convencido de que al fin aparecieron los anuncios del apocalipsis. Lo que escuchaba no podía ser otra cosa que los fatídicos caballos arrasando campanas para despertar al pueblo de los castigos del sueño. Fue la primera vez que realmente sintió terror en su vida. En su desconcierto no atinaba a hablar y solo se sintió capaz de empujar con el codo a Austoberta, quien, precisamente en esos momentos, desgarraba las últimas veladuras de la siesta:

—Lo sé. Ya llegaron— dijo por toda respuesta.

—Quiénes— replicó don Pascual totalmente recobrado del espanto.

—Los vendedores.

—Ah, no. Eso sí que no!! Vendedores en mi casa no— y las últimas palabras se le ahogaron en el estruendo de campanas enloquecidas en su propia sala.

—Sí llegaron, se quedan!!— Se sorprendió de su contestación. Mas de inmediato, siguiéndole los pasos a la voluntad

se le apareció la duda: “Ese no era su modo de ser. Qué pensamientos foragidos la obligaban a actuar de esa manera? A qué se debía ese atarantamiento que le entraba con los vendedores..? Podían ser cosas del demonio y nada de particular tendría pues, como se sabe, el diablo se mete en todo.” “A finales – se decía Austroberta– la culpa la tiene el mismito Dios”. Estas eran reflexiones que solo la visitaban cuando el temor a su comportamiento le andaba por las soledades del alma. “A quién se le ocurre que el mundo se podía hacer en seis días..? Y en el supuesto que se pudiera, qué necesidad de tanto apuro..? Con lo que cuesta hacer lo más mínimo. Mucho más tratándose del universo entero. Esa es la causa de que tantas cosas anden mal. Nadie lo apuraba, porque como dice el Cura, él es el comienzo mismo, de modo que a qué la precipitación? No, pero le entró el antojo de hacer el mundo en seis días y lo hizo. Lo hizo como está, que nadie sabe nunca cuándo acabará tanto contratiempo como tiene la vida. Sólo nos queda resignarnos y confiar en que sepa por qué hizo las cosas como las hizo, porque lo cierto es que si en los orígenes no hubieres andado con atolondramientos el mundo no estaría tan revuelto como lo está”. Y ya a estas alturas, irremediamente arrastrada por la turbulencia de sus rencores, Austroberta seguía retorciéndose en sus recriminaciones. “Que no es un desbarajuste este mundo..? Entonces que le expliquen, sí, que le expliquen, por qué ella, Austroberta no tiene hijos..? Y que no lo culpen a él, pues nada tiene que ver con su frustración, como lo ha demostrado apropiadamente en otros pueblos. Es ella y sólo ella la perjudicada con semejante desafuero, porque qué explicación tiene, pues, su obstinada esterilidad..? Acaso su madre no parió once veces y su padre, a decir de los decires, no anduvo de la seca a la meca sembrando hijos como estacas de ciruelo..?”. Por estas alturas andaban las

indagaciones teológicas de Austroberta cuando un estruendo mayor, seguido esta vez por una algarabía descomunal se escurrió por todos los orificios de la casa. No tenía duda alguna de lo que estaba ocurriendo. Así es que con voz natural y serena ordenó:

—Levántate Pascual; hay que atenderlos.—

Volvió en sí paralizada por el estupor presentido, cuando el espectáculo estaba en pleno desarrollo:

—Podría decirles la verdad, pero no lo haré— gritaba a pecho abierto el vendedor dando vueltas y haciendo sonar como un desaforado el haz de ollas gigantes que cargaba. Una vecina de don Pascual, que precisamente en esos momentos se zafaba de las pegaduras del sueño, al tropezarse con ese batir de campanas que era el entrechocar de las ollas monstruo, gimió como sonámbula, “Fuego” y prosiguió indecisa en la duermevela.

Por su parte, el vendedor insistía en su pregonar eufórico ante el silencio atónito de los que llegaban atraídos por el tamaño del escándalo—: Pero no lo haré— repetía— porque conocer toda la verdad no es bueno como no es bueno conocer la totalidad de los misterios— La audiencia asentía con perezosos movimientos de cabeza — “Podría decirles que estas ollas son de plata, pero tampoco lo haré porque en ser de plata no se asientan sus prestigios. Hoy día, señoras y señores, la plata no es lo que era antes. Otras cosas muy distintas son las que por estos tiempos procuran felicidad. Por ejemplo, señoras— y fijaba perturbadoramente los ojos en Austroberta— estas ollas dan felicidad a las casas bendecidas con su presencia. Oídlas bien— y las golpeaba con un objeto indefinible, lo que hacía que por todo el recinto se esparciera

un ruido de campana distante— Miradlas por dentro— efectivamente se las veía limpias y brillantes— “Ahora por fuera”— igualmente resplandecientes— “Usted no tiene más que llenarlas. Póngales usted chorizo crudo, arroz, carne, lo que a usted se le ocurra sólo calculando la cantidad de personas que usted piensa atender, la tapa así como yo les muestro, y es cosa de sentarse a esperar. En menos de lo que espanta un tábano, usted verá que por un lado sale el chorizo, por el otro el arroz, por debajo el caldo, por los medios la carne, y para qué decirle, cada cosa estará en su punto y en su sitio”.

No necesitaba el vendedor de mayor propaganda. Ya Austroberta había tomado una decisión. Sacando energías de los andrajos de un casi olvidado orgullo de familia, dijo rotunda:

—Me quedo con una.

—No señor..! — la atajó don Pascual. Y agregó: Sí es cierto que hacen tantas maravillas como dicen y suenan como plata sin serlo, es porque son tentaciones del demonio.

El vendedor sorprendido por la devota intervención, permaneció un instante indeciso y luego de mirar la barba que hacía del rostro de don Pascual un escobillal, corrió hacia un envoltijo tirado bajo la mecedora de donde extrajo un pequeño objeto:

—Mire don Pascual, traigo algo para usted que nadie por estos contornos ha visto todavía— Mostraba a los ojos desconfiados de don Pascual una navajita de afeitar.— Ya puede olvidarse usted de la barbera y del sofoco de afilarla todas las mañanas. Esta navajita que casi puede meterse debajo de

la uña, afeita y afeita hasta que usted se agota. Y si usted quisiera algún día remoto afilarla, no tiene más que meterla en un vaso así— hacía ademanes con un vaso imaginario— y nuevamente puede seguir afeitándose hasta que San Juan agache el dedo...

—Son por el puro gusto los discursos. Yo no compro— dijo con mueca burlona don Pascual..

—Y se puede saber por qué— replicó molesto el vendedor.

—Porque no la hice yo..

—Y eso qué tiene que ver.

—Mucho. El hombre solo debe usar lo que hace.

—Y esa barbera que está allí, la hizo usted..?

—Mi bisabuelo.

Fué así como a la mañana siguiente, a las primeras claridades, en medio de la cocina de Austroberta, la olla de los prodigios brillaba como un sol. Ambos la miraban incrédulos, con ojos de malicia y miedo.

—Y ahora qué hacemos con ella..?

—Usarla! ! — replicó inapelable como siempre don Pascual.

Por todo el cuerpo se le notaban a Austroberta los apuros del regocijo. No era verdad que padeció tantos sobresaltos para permitir que su triunfo languidciera en la trivialidad de sus comidas. El suceso merecía una adecuada inauguración. Entonces se le ocurrió organizar un almuerzo al que se invita-

ría a unos cuantos notables—preferentemente— a fin de que con ojos propios fuesen testigos.—

—Será mejor que este aparato sea lo que dicen y cocine prodigios porque se devoró los ahorros— dijo don Pascual en un tono que a Austroberta se le antojó amenaza.

—Los ahorros no se pueden comer..

—Esa olla tampoco.!

—Pero hace prodigios en la cocina..

Ya lo verían. No solo ese incrédulo de su marido sino ciertos vecinos cuyos nombres nunca pronuncia para que se ignore la naturaleza de sus sentimientos. Cuando palpen y coman lo que sale de esa olla — y lanzaba nuevas miradas al soberbio instrumento que continuaba brillando como un sol en medio de la cocina— tendrán que tragarse mucho de lo que han murmurado a propósito de sus pobres habilidades. Y haciendo del pensamiento acción, se lanzó Austroberta como una foragida echando mano de cuanto cosa encontraba en la despensa. En el frenesí de su entusiasmo, tiró con violencia de la tapa arrojando dentro de la olla cosas sencillamente increíbles, formando tal clase de entrevero que tiempos más tarde, cuando le preguntaban qué diablos había echado dentro de la olla, jamás pudo responder cabalmente. Cuando contaba hasta diez, entre artículos y condimentos, no sólo se le enredaban las cuentas sino que caía en profundo olvido de cuanto sucedió. Recuerda, eso sí, que haciendo esfuerzos extraordinarios y ayudada por palancas y cuñas subió hasta el fogón la olla opulenta. Hasta allí le acompañaba la memoria. También recordaba que la mesa estaba puesta, sin alardes de ninguna clase, pero con decoro, que los invitados deambulaban por la casa, murmurando y

tocándolo todo, deslizando furtivas miradas al sitio luminoso donde la olla de los prodigios cocinaba su misteriosa carga. Por su parte don Pascual, entre malicioso y cansado, miraba con desconcierto el brillante artefacto, preguntando a ratos:

—Cuánto falta..?

—Ni se sabe— respondía la Austroberta haciendo que la malicia se le volviera angustia. Y agregaba: —Ella misma avisará.

Así que el tiempo transcurría, don Pascual trataba de evitar cuanto fuera posible las conversaciones, porque él no era tonto para ignorar que estaban desesperados por saber si era cierto que la olla era de plata; si con sólo apretarle un botón convertía el mondongo en filete y la carne de borriguero en pollo adobado. Y para abstenerse de explicaciones sobre los numerosos milagros que se atribuían a la olla, don Pascual por vez primera en su vida, echó mano a las evasivas, respondiendo a los curiosos que en realidad, la de los tratos con el vendedor fue Austroberta y que él estaba en total ignorancia de todo.- Todos recuerdan que las horas pasaban y de la olla, extrañamente silenciosa, no escapaba ni humo. Asombrados, los testigos se decían que con aparatos semejantes ya nadie tendría que limpiar cocinas ni fregar trastos y, mucho menos, andarse restregando los ojos por causa de las humaredas. Parecía mentira que dentro de tal resplandor se estuviese cocinando el misterio.

—Cuánto falta Austroberta..? le decía entre dientes don Pascual arrastrado por la inquietud de un posible ridículo.

—Todavía— replicaba ella— La olla lo dirá— La serena confianza de Austroberta intrigaba aún más a don Pascual

quien encontraba una sospechosa coincidencia entre la llegada de la olla y los rotundos cambios en el carácter de Austroberta. “Ese chéchere nos va a provocar una gran mortificación”— se decía mientras que arrastrado por los ardores de la curiosidad se movía de un lado a otro de la amplia sala, metiendo, al igual que los invitados, miradas de desconcierto a la cocina. “Ese brillo sin olor y sin humo no es nada santo. Y lo más extraño es que de el vendedor, ni las alforzas de las entrepiernas”— se decía a sí mismo presa de creciente intranquilidad “Pareciera que solo vino a cumplir encargo de “alguien”, y de “alguien” muy sospechoso porque de cuándo acá ese deslumbramiento que los encegueció a todos, hasta a él mismo que no es blando para los discursos, y menos aún para discursos de forasteros..?” Y hubiese proseguido en este filosofar desosegado si la voz de Austroberta no le hubiese espantado los murciélagos de la vergüenza con el júbilo de su voz:

—Avisó. Ya está! !

Un murmullo general de asombro inundó la casa. Uno a uno los invitados, serios desde hacía muchos días, se fueron acomodando alrededor de la mesa. Algunas servilletas se colocaron adecuadamente sobre las piernas, más otros comensales, imitando a don Pascual, trataron a pura fuerza de acomodárselas como corbatas. Así pasaron los minutos y llegó la media hora. Todo era silencio y compostura en la mesa. De la cocina sólo llegaba un lejano sonido de plata como el eco de un campanazo que escapa en el viento.

—Qué es lo que pasa, Austroberta..? preguntó don Pascual.

—No abre-- replicó con la voz entumecida por el susto.

--Qué es lo que no abre, pues..?

--La olla.

Desde ese momento en adelante una sucesión de hechos inconcebibles mantiene aún atónita la memoria del pueblo. Nadie es capaz de reconstruir con lógica serenidad los acontecimientos. Aunque uno de los presentes prometió dedicar su vida a investigar lo ocurrido para relatarlo fielmente a la posteridad, lo único que se recuerda unánimemente es que sin convocatoria alguna todos los invitados se encontraron en un mismo instante en la cocina tratando de abrir la olla. El angosto local era el aposento del desbarajuste. La última vez que desapasionadamente don Pascual miró hacia allá vio con toda seguridad que dos tiraban de la manija hacia la izquierda, tres halaban a la derecha, mientras el resto trataba angustiosamente de mantener la olla erguida en el centro del recinto. De rato en rato se sentía un fenomenal barullo causado por los que rodaban suelo abajo. En otras ocasiones, alguien más eficiente y cooperador, metía el muslo a manera de palanca con lo que casi volteaba la olla provocando un griterío asustado.

Está trasroscada-- se oyó decir.

No tiene roscas replicó tajante la Austroberta-- Y agregó:

Es el vacío.

A dónde se habrá visto que el vacío tapa cosas, cuando es todo lo contrario alegó otro con disgusto.

Ahora tapó dijo por toda explicación Austroberta.

Llevaban más de media hora forcejeando con la olla, la que unas veces volaba como un destello y otras se arrastraba, lo que hacía pensar a muchos en una perdiz deslumbradora. Cuando mayor era el sofoco se produjo un silencio aterrador pues atronó el espacio un bufido horroroso de don Pascual:

—Apártense, carajo, que esta olla la abro yo.!

Fuere por lo que fuese: el modo de entrar a la cocina o la forma como dijo “apártense”, lo cierto es que Austroberta fue presa de unas ganas insensatas de reír, dicho mejor, casi soltó la carcajada pero se contuvo milagrosamente al recordar que aún estaba vigente la disposición del corregidor “prohibiendo la risa en el pueblo hasta cuando la situación mejorara. Las cosas no están para risa— había dicho. Vamos de mal en peor y este pueblo se está acabando”. Así es que reprimiendo lo que el cuerpo le pedía, amarró la cara y se dedicó a observar el espectáculo que encabezaba don Pascual, quien ya para entonces, con irresponsable olvido de todo, había volteado la olla, sujetando con los pies las manijas y tiraba de la tapa con desesperación. Por todo el cuello se le enroscaban las venas como sogas. Cuando llevaba unos diez minutos de forcejeo, unas veces arrastrándose por el piso abrazado a la olla, otras encaramándose a la mesa y dejándose caer de medio lado al suelo, gritó: “Que nadie se meta: esto es asunto mío”. Y cuando dijo estas palabras lanzó con tal violencia la olla contra el suelo que ésta rebotó hasta tocar el techo. Apenas la tuvo nuevamente a su alcance, don Pascual se dio a perseguirla a patadas por toda la casa, arremolinando muebles, volteando mesas y tal era el estruendo que iba armando que en la otra esquina del pueblo dijeron: “temblor”. Pero lo inesperado estaba por ocurrir. Doña Pancha, quien en esos precisos momentos se desprendía de los últimos velos de la siesta, al escuchar ese estruendo de campanas

que tocaban a rebato en casa de don Pascual y absolutamente segura de que el calor era el anuncio de la esperada catástrofe del año 14 cuando por abrir el Canal el país estuvo temblando tres días con sus noches, gritó enloquecida: “Fuego..! Fuego..! ”. El espanto se propagó. Desde los temblores del año 14 el pueblo vivía con la certidumbre de un terremoto inminente. De modo que al primer susto la gente se lanzaba a la calle, cosa que ahora se repitió al diseminarse el anuncio aterrador de doña Pancha.

En ese correr sin concierto alguien gritó: “Llamen al sacristán”. Un niño corrió hacia donde vivía Valerio, el único autorizado para tocar las campanas. Cuando el campanario se estremecía a causa del fervor de Valerio, porque no se recuerda fecha en que el sacristán moviera con más entusiasmo los badajos, el policía gritó, sin dirigirse a nadie: “Que manden refuerzos que ésto se acaba.! ”

Fueron instantes de verdadero horror. Y así como se desató la turbulencia, sobre la alucinación unánime cayó un profundo sosiego. Alguien, no se sabe a ciencia cierta quién, dijo desprevenidamente:

—Pero, si no hay ningún fuego. Fue la olla de don Pascual. —Se hizo un espeso silencio. El policía, que al oír semejante cosa recobró la serenidad, ratificó, paseando lenta y amenazadoramente la mirada hasta detenerla sobre don Pascual, perdido en medio de la multitud: “Efectivamente, no hay ningún fuego”, dijo y prosiguiendo con inusitada potencia en la voz, agregó: : “Y por mi voluntad y en reconocimiento de que no ha habido desgracias que lamentar, dejo en suspenso el decreto que prohíbe la risa en este pueblo”.

La multitud, confundida por la magnitud de la revelación, no sabía si todo era fugaz atarantamiento del policía o si efectivamente el decreto estaba suspendido.

—He dicho que el decreto está derogado— gritó con mayor potencia en esta ocasión, e inició la risa. En el acto, el pueblo estalló en una gigantesca y atronadora carcajada que llegó a todos los ámbitos y más allá de los alrededores y estuvo oyéndose por semanas enteras. Cuando por fin se apagó el eco de la monumental carcajada, alguien dijo:

—La olla..

Como empujado por la voluntad unánime, don Pascual, quien para entonces trataba de reponerse de las convulsiones de la carcajada, acomodándose los pantalones que ya casi le dejaban las nalgas al aire de tanto reír, echó a andar seguido por la multitud. Anduvo y anduvo don Pascual por todas las calles del pueblo, aún por algunas que nunca conoció, hasta que por fin, cuando ya todo el mundo pensaba que se iban del pueblo, dobló en redondo encaminándose a su casa en medio de los aplausos y la algarabía de la manifestación..

—Se pasa.. se pasa! ! — advirtió alguien creyendo que don Pascual seguía de largo. Mas en ese preciso instante, don Pascual hizo alto y el ejército de la curiosidad se detuvo exactamente frente a a puerta. El silencio sobrecogía cuando don Pascual avanzó hacia lo profundo de la casa. De pronto, lo sujetó el asombro: allá, brillante como un sol y nítidamente limpia, estaba la olla. En medio de la consternación general se volvió hacia la multitud y solicitando compostura a los miles de ojos que lo seguían desconcertados, dijo en el mayor de los abatimientos:

—Está abierta.

De pronto, y antes de que la turba se ofuscará por causa del milagro, gritó mirando hacia la muchedumbre:

—Austrobertaaaa...!

Como no percibiera el más leve movimiento, don Pascual dio media vuelta y se esfumó en las oquedades de la casa. De vez en cuando hasta la multitud llegaba el eco distante de la voz de don Pascual que andaba por todos los cuartos gritando como un oso agonizante: “Austro.. Austro.!!

Una hora más tarde la gigantesca manifestación se estremeció empavorecida: allí estaba, absolutamente vivo y sano, don Pascual. Cuando levantó los brazos pidiendo atención, se sabía que se trataba de un anuncio trascendental. Cuando el silencio fué mas profundo y la tarde semejava una transparente catedral, don Pascual, sosegadamente y como si revelara el asunto más natural del mundo. gritó:

—Señores, se la llevó el demonio.

Enero 1975

CRUCE DE CARTAS

Volviéndose rápidamente, portando una extraña tarjeta en la mano, el Inspector se dirige nuevamente al Doctor Vasudeva:

--Es todo cuanto tenemos, Doctor. Esta tarjetita con el nombre de Teresa Brandeis y su dirección en México. Es la única pista....

—No hay testigos....?

—Nada. Absolutamente nada. Ya le dije que una extraña indicación nos hizo llegar hasta esta casa— el Inspector mira con inquietud en derredor. —Luego de golpear violentamente la puerta muchas veces, decidimos derribarla. Al entrar, encontramos el cuadro que usted ahora contempla. Ese hombre allí, muerto sobre el escritorio, con esta intrigante tarjeta en la mano izquierda... Qué se le ocurre, Doctor? Qué le sugiere este cuadro? Crimen..... Suicidio..... Qué relación puede existir entre esa muerte y esta tarjeta.....? O mejor dicho... qué papel juega en todo ésto Teresa...?

El Doctor Vasudeva cavila unos instantes y luego, como quien se apodera de una solución, se vuelve hacia el Inspector:

—No, no es crimen... Este pobre agonizó mucho tiempo y esa circunstancia es la que impide que ustedes, los investigadores puedan desentrañar casos como éste. Ustedes consideran que la vida sólo puede desenvolverse lógicamente. Para ustedes, todos los actos deben ocurrir en un sitio determinado y desenvolverse lógicamente en el tiempo...

—Desde luego, Doctor... cómo podría ser de otro modo?

—La mente, Inspector, es un mundo oscuro y desconocido aún.... Es obvio que este pobre suicida en su agonía intentó comunicarse con Teresa Brandeis..... Es posible que lo haya conseguido. De qué modo, en qué forma, lo ignoramos ahora mismo, pero casi estoy seguro de que llegó a comunicarse con ella.

—Pudo ser eso posible..? —interrumpe el Inspector.—

—No tengo la menor duda....

—Cree entonces que debemos comunicarnos con ella y decirle cuanto ha ocurrido, doctor?

—Desde luego. Sería el único modo como podríamos saber si la mente de este pobre suicida cumplió su misión.

Allí cesaron las palabras y desaparecieron los investigadores. Pero el Doctor Vasudeva permaneció en el aposento junto al cadáver. De pronto sintió, en medio de una extraña sensación, que se le aclaraba la historia escondida en esa muerte inexplicable. Es más... le pareció escuchar una voz grave que en silencio conversaba:

querida:

escribo profundamente conmovido por el tono de su próxima carta. esta es una respuesta a tres días justos de la fecha que tendrá la suya. hoy es, amable coincidencia, el 30 de junio de 1952. y su carta empieza: viernes 27 de junio deetc....etc. es decir, hace justamente tres días... tres días....

Ah! el tono de su carta! la he presentido, la he leído tantas veces, la he escrito mi distante Teresa, porque me espanta el tono funeral, la nota mística que se empeña en hacer misterioso lo que está muy claro. sabe bien que ni por un instante me la imagino triste, próxima al llanto. el dolor jamás atisba su camino. su belleza, su belleza buena, mi inolvidable amiga, dista del sufrimiento tanto como del humorismo. por ello, porque aún usted es víctima del sentimiento lógico de la vida, le escribo esta carta...

perdone el tiempo perdido —el tiempo es aún medida suya—, pero estuvieron tocando a mi puerta. la he abierto y sólo he encontrado el silencio y la oscuridad de la noche en mi pequeña terraza. nada. nadie. hay afuera un ligero viento frío que por momentos me llenó de angustia. fueron unos golpes tenues, acompasados, como de alguien que pedía tímidamente asilo, pero, le repito, no existe en los alrededores otra persona que yo. lo sé. esto es absolutamente cierto. sin embargo, puedo afirmar, mi recordada amiga, que llamaron a mi puerta. acaso todo sea la espantosa soledad en que me encuentro.

decía que me preocupa el tono de su carta. léala usted nuevamente; tal vez comprenderá entonces. es tan dolorosa, tan ridículamente humana, tan llena de lógica, que sólo ahora puedo comprender que la vida es horrorosamente larga, gruesa... sí, eso es: la vida es gruesa. sé que dirá usted:

México, Viernes 27 de junio de 1952

Querido Ricardo:

....No tengo noticias tuyas y me inquieta constantemente su suerte. He preguntado a otros amigos, pero ninguno ha podido responderme. Acaso ha muerto usted, mi querido e inolvidable Dr. Mesmer? Respóndame, por favor: ha muerto usted? Tengo unos presentimientos espantosos, un miedo que por momentos me sujeta las piernas. Mejor es que le cuente a usted lo sucedido. Recuerda aquél misterioso cafetín de Insurgentes que sólo usted y yo conocíamos? Desde su extraña partida una nostalgia que me asfixia me impedía regresar allá. Esta noche me sorprendió hojeando sin propósito alguno a Dostoiewsky. Precisamente aquel pasaje tremen-

do en que Raskolnikof discute la muerte y existencia de Dios con la inocente prostituta. De pronto me sentí invadida de usted, mi querido doctor Mesmer, aprisionada por usted, y sentí nuevamente que era una tímida sirvienta de su voluntad. Recuerda que me hacía reír, llorar, batir palmas, en fin, hacía locuras a su antojo? Pues bien: dejé a Raskolnikof con la inocente prostituta y sin saber cómo me encaminé a nuestro pequeño café de Insurgentes. Todo está igual, igual que entonces, mi querido Diblo. El mozo con su chaqueta blanca ligeramente suelta sobre el monograma rojo. Los mismos concurrentes. La penumbra, idéntica. Nuestro sitio, aquella mesita junto a la columna y bajo el estúpido espejo, me esperaba y llegué hasta él.

—Deme café y tostadas.

—Algo más, señorita? —preguntó el mozo mientras sonreía tratando de localizar mi rostro en su memoria.

—Nada más!

Creo, mi querido Fausto, que el mozo sintió exactamente lo mismo que yo. Un insólito frío, una como imperceptible nube, sorpresivamente envolvió el lugar. Yo sabía que eras tú, mi querido Fausto. Lo sé. Entonces él, yo, todos lo oímos. Eras tú. Tu voz. Dijiste:

Para mí, café y tostadas sin mantequilla....

—Cómo dijo, señorita? —preguntó el mozo volviéndose hacia mí.

—Nada he dicho....

—Perdón, señorita, pero juraría que alguien solicitó café y tostadas sin mantequilla....Perdone...Perdone...— Y yo sabía, Werther, que tú estabas allí, que estabas conmigo. Si estuvieses junto a mí, ahora, gritaría.... gritaría.... Es del único modo en que creo poder explicar lo que sentí cuando, sabiendo que eras tú, esa nube me abrazaba. Por favor contéstame enseguida: has muerto? Acaso puede morir mi apasionado Sergei? Tuya siempre,

Teresa.

no, mi querida Teresa, no he muerto, pero puedo morir, no lo olvide. además, es preciso que lo espere. le dije que hoy es lunes 30 de junio? he esperado febrilmente esta carta conocida, para que no sufra, para que no la ofenda el más encantador de los dolores. Por eso le escribo, violando mi reciente decisión de hundirme en el silencio total. Es que no puedo ser indiferente a su angustia. Aún vivo, Teresa, y precisamente quería decir.....perdón. Llaman a la puerta. Nuevamente los golpes, Teresa. Esta vez más fuertes, más sonoros. Alguien llamaba desesperadamente. He abierto y sólo he encontrado el frío de la calle —que aumenta por momentos— y la noche oscura de mi pequeña terraza. Aguardé unos segundos, luego estuve buscando junto a los setos que conducen al camino y nada en esta noche callada parece humano. He mirado a la noche y está fría, terriblemente fría, mi querida Teresa. He vuelto y un pequeño temor se me está enroscando en el pecho.

Estoy seguro de que tocaron a mi puerta, de eso no tengo duda alguna. He oído los golpes, tenuous, acompasados

al principio, como de alguien que tímidamente solicitara asilo. Luego otra vez, más fuertes, tres golpes desesperados, como una petición de perseguido. Pero no hablemos más del incidente. Quiero que esta carta, Teresa inolvidable, sea la última. Jamás volverá a tener noticias mías. Tampoco quiero tenerlas de usted, Recuerda nuestro dulce atelier de Maderos? A nada de eso puede compararse mi vida de hoy.

No sé si sabrá que sufrí mucho últimamente. Me he sentido con frecuencia como el perro de Malaparte: sin cuerdas vocales para ladrar y con unos ojos muy grandes e inútiles por donde se me sale la angustia sencillamente. Esta, mi casa —aún es mía— desde donde le escribo, es inmensa y sordida. Tiene unos espantosos aleros, y sin razón alguna, la voz se pierde, se disuelve. He llegado hasta a pensar que nunca fue habitada, que no conoce la emoción humana. Sin embargo, ahora me gusta, está más cerca de la muerte, me ha acercado a usted, Teresa. Puedo confesarle algo? bien! Usted jamás entenderá el pathos de la creación. Es el dolor, sí el dolor, y usted es bella, bella entre el dolor y el humorismo, y sigue usted viva, en una humanidad llena de dientes y de hambre, y, ! horror! , hasta es posible que usted envejezca.

Por eso estoy aquí, solo, profundamente solo, contestando a esta última carta, porque..... por favor, Teresa.... llaman a la puerta! han sido tres golpes terribles... están llamando. Ahora insisten más fuertes y hay un viento frío que se está colando yo no sé por dónde, pero está aquí y siguen llamando a la puerta. Ya cesaron los golpes y ha vuelto el silencio. No hay pasos, no hay nada. Debo abrir? acaso me espera alguien? no iré. Sería inútil.... como la pri-

mera..... como la segunda..... Teresa, la puerta, la puerta se abre lentamente..... se está abriendo y siento un miedo terrible, algo que me sujeta a la silla y no me deja moverme. En este momento se cierra la puerta como si una mano cariñosa la empujara. Ahora sé que estoy solo y puedo añadirle que tengo absoluta confianza, no tengo miedo alguno, un gran cansancio, una serenidad infinita se está apoderando de mí. La calma.... pero de dónde viene esa ráfaga de viento frío que me está abrazando? siento a mi alrededor los pasos de un visitante cansado que busca asiento para reposar. Por momentos percibo una respiración fuerte, acalorada. Quién respira? usted me oye, Teresa? me oye? este ha sido un gran esfuerzo para que tuviera noticias mías. Reina el silencio y sólo percibo esos pasos incansables por toda la sala, escuche, Teresa, me oye? alguien, no sé quién, ha puesto a andar mi hermosa electrola. Qué hondos y lentos son los acordes! hasta se cuelean furtivos golpes de campanas. La puerta se abre nuevamente y todo aquí se está volviendo frío. Por momentos yo, yo mismo, me alejo mientras continuo allí, sobre el pequeño escritorio, terminando esta carta a usted. Me alejo junto a los pasos y sigo allá escribiendo, gris, frío. Esto es espantoso, terrible, recuerdas, Teresa querida, la agonía de Eustace Barnack? Hay unos poderosos cuchillos de luz que me traspasan constantemente. Le confieso que es un dolor incomparable. Todo es una luz tremenda, blanquísima, acompañada de violentos destellos que me sacuden. En una claridad que lo va disolviendo todo, los cuchillos de luz que me muerden un brazo, me arrancan las piernas, es, distante Teresa, la claridad infinita..... Verdad que siguen tocando a la puerta? Me voy..... tengo que irme y me duele horrorosamente alejarme y quedarme allí sobre el escritorio escribiéndole a usted, para decirle sencillamente que no he muerto.....

CASO 62

Policía Secreta Nacional

Señorita Teresa Brandeis

Reforma 620

México, D. F.

Señorita Brandeis:

El viernes 27 de junio a las siete y treinta de la noche murió en su residencia Ricardo Juvenal. Luego de golpear varias veces la puerta fue preciso derribarla. Su cuerpo yacía sobre un escritorio y en sus manos encontramos una pequeña tarjeta con su dirección. No hay señales de violencia alguna. Hoy lunes 30 de junio se efectuará la autopsia de rigor. Seguiremos investigando. Reciba nuestras condolencias.

Inspector Jefe.

Días más tarde, en la mano dubitativa del Inspector se alojaba un cablegrama estrujado por la intriga. Rotundo.

Señor Inspector

Policía Secreta.

-Lo sabía.

Teresa Brandeis.

Panamá. 1954

PERDIERON EL RASTRO.....!

-Saloma...! Saloma...!

El grito fuerte, suelto en la estrechez de los barrancos amarillos, saltó cortante a la llanura abierta. Cuestión propia del campo, porque al dejar las riberas lodosas, se bebió todo el silencio triste que tienen los atardeceres de invierno.

Río abajo corre la piragua. Va saltadora, como zurciendo las crestas de las olas. Ahora, por el centro. Después, ya buscará la orilla. En ella viaja Pastor el caminador de los potreros, el cantante de las noches sudorosas, de las madrugadas que se parten con un grito. Y su canto corre ahora, solo en la tarde, camino de la desembocadura... rumbo al puerto.

--Saloma...!

Sabor de nombre tiene el grito. Gusta. También sabe al guabo donde la encuentra. A la garza que siempre llega tarde. Y a ella, definitivamente. Sabor a ella carga su canto en esa tarde de lo imprevisto.

Aguas abajo sigue la piragua. Pronto el río dará una vuelta. Después vendrá el guabo y allí tendrá que llamarla.

Entonces se irán lejos, muy lejos.

Quien sabe sí hasta el mismo nacimiento del Río Grande.

Pasó Pastor la curva y llegó al guabo. Luego de asegurar los remos amarró la piragua a las raíces. Caminó seis pasos y tomando aliento gritó:

Saloma...!

Serpenteó la voz por todo el trillo. No siguió río abajo: enfiló al caserío. Las yerbas temblaban como el agua en las ciénagas. Pastor regresó al árbol y aguardó en silencio.

De pronto el pajonal volvió a estremecerse y ella apareció fresca entre los pastizales, cabellos al viento sin reír.
--Pastor... Pastor..., lárgate! Papa te ha sentío y lo sabe too.

Andate antes de que venga. Tú sabéi cómo ej. Quedó en tinieblas: que el viejo lo había sabido; que no se la llevaría; que se iría solo... Pero, apretando el semblante, replicó:

—Y vos qué queréi que haga? Vente, nos vamos! Aquí ta la piragua.

—Pero tata nos buscará haita que nos encuentre! No, mejor será que me quede! Vete tú! Aligera!

Entonces fue cuando, enloquecido, la asió por la cintura llevándola hasta la canoa.

Saloma, carajo! Salomaaa...!

Tal que tigre venía el hombre. Sin sombrero y con los cabellos revueltos. En la mano traía un machete con el que atasajaba la brisa. Era el padre de Saloma, todo orgullo, todo soberbia. Debía la vida de un hombre y había prometido muerte a muchos más. Cuando llegó al guabo en donde Pastor y Saloma estuvieron por última vez, exclamó:

Caray, se jueron y escupiendo las aguas soltó una maldición al tiempo que olfateaba ansiosamente la tarde. Y sin más demora, echó a andar río arriba, orillando los barrancos, indiferente a la yerba cortante y al lodo que sujetaba.

Oíste Pastor? Ese es papa. Nos sigue- dijo Saloma nerviosa.

Que nos coja, pues— Fue la seca respuesta del hombre. Remaba contra la corriente doblándose como bejuco. Con todas las venas cruzándole la piel y la cara abierta por una sonrisa. Corriente arriba remaba, rumbo a Cerro Negro, mientras las aguas bajaban amarillosas, pues de seguro llovía en la cabecera del Río.

—Salomaaa...!

El nombre se abrió al campo seguido de aullidos terribles.

-- Oíste? Es él, tu tata. Noj sigue con los perros.

—Está cerca.

Cerca, porque esas correntadas amarillas que llegaban pregonan que el Río Grande está creciendo y por ello la piragua pesa más. Y como para desvanecer toda esperanza, comenzó a lloviznar. El viejo y los perros se aproximaban. Cerca ya a una vuelta del río, ella gritó:

—Pastor... Pastor... mira...!

Levantó la cara casi cuando se le venía encima una ola inmensa, zumbadora, de aguas negruzcas, hichada de troncos y despojos que corría apretada contra los altos —ya bajos— barrancones. Veloz. Llena de un zumbido extraño y terrorífico, llegaba. Cien metros... cincuenta...

La piragua fue suspendida violentamente y lanzada aguas abajo.

--Pastor!

—Saloma!

Por suerte cayeron cerca a los barrancones y ya el agua corría al nivel de los pastizales. Y fue la misma corriente la que los abandonó sobre la ribera. Allí quedaron largo rato,

hasta que la voz terca de don Pedro los empujó de nuevo orilla arriba, rumbo a Cerro Negro.

La noche les hacía señales aullando en los presagios de un temporal seguro. Nubes negras pasaban pero otrás, más oscuras, volvían y el viento amainaba; aguacero seguro para prima noche.

--“Saloma...! Saloma, carajo! !”

El grito azotaba la espalda. Como ellos, los perros venían por pleno yerbatal y con lodo hasta las rodillas. Cerca, muy cerca, los sentían.

Ya era uno solo el roncar del Río Chico y el Río Grande. Llegaba la noche. Las sombras caían apretándose sobre las cosas y no había sitio para el silencio: rugían el río y el temporal que se avecinaba. Tampoco encontraban árboles para cobijarse. Sólo yerba y más yerba. Si pudieran esconderse...! Pero, con esos perros, quién podía eludirlos..? Ya los sentían en la espalda, en la pantorrilla, en todo el cuerpo.

--Salomaaa...! Carajo...!

Eran ellos: don Pedro y sus perros que se acercaban orillando. Aquí se abrió el cielo y cayó la tormenta. Tormenta de relámpagos sobre los ojos fríos. Todo se les juntó, porque entonces regresó el viento envuelto en un rugido espantoso.

Pastor... Pastor..., ya no aguanto! – sorprendió Saloma con un grito de angustia.

—Aguántate, que ya pronto será noche misma. Entonces los perderemos.

—No Pastor, sigue tú solo— insistió ella, al tiempo que se perdía en las sombras con dirección a las aguas turbulentas.

—Tate, Saloma, tate! — le gritó mientras corría tras su sombra fugitiva.

Por toda respuesta sólo escuchó el ruido de la yerba mojada que se pegaba al cuerpo de ella cuando escapaba como una alucinación aterida rumbo a las corrientes enfurecidas.

—Saloma! Saloma! !

Después, la oscuridad y el silencio cayeron sobre él.

Poco después se presentaron los perros y don Pedro que se detuvo como a veinte metros de la orilla. Los perros siguieron hasta el borde mismo del barrancón husmeando.

Luego retorciéndose y aullando lastimeramente volvieron hasta los pies del viejo. Habían perdido el rastro.

Mayo 1942

Calidonia 126

Müller House:

Tinacos. Chombos. Una plancha fría. Un salvadoreño. Balde de ropa sucia. Una librería. Un tísico escupe. Escalera podrida. Un hindú. El radio ronco. Un detective escarbando. Un excusado abierto. Un fogón humea. El hilo de la ropa. Periódicos rotos. Una chola dormida. El gotear de un fregador. Bacalao secándose. Una mujer llora. Toses.

Gritos desesperados:

—Cógelo! !

—Agárralo! !

—Ladrón! !

—Mátenlo! !

Un hombre corre. El zaguán —zaz— la escalera. Sube otra. Salta. Una puerta. Otra. Otra. El balcón. Un empujón violento y el hombre cierra silenciosamente la ventana del cuarto 87.

Un pito de policía. Otro. El detective no sabe qué sucede. De nuevo el pito. Llegan más policías. Conferencia. Se discute. Suben por cuatro caminos. Paf, paf, los pasos sobre las tablas podridas. Paf, paf, tocan las puertas. Silencio. Nadie responde.

La ventana del cuarto 87, cerrada. Dentro, sobre una caja de kerosene vacía, un negro transpira copiosamente, los ojos desorbitados, la nariz dilatada. En un rincón cualquiera un reloj usado y una gorra de marino. Los mira. Pasos sobre el balcón. Vuelve a mirarlos. Pasos que se acercan. Se agigantan los ojos. Se levanta. Una tabla cruje. Los pasos se acercan velozmente. Va hasta una estampa y clava tres alfileres. Dice algo cuando mira la gorra y el reloj.

Tocan al cuarto vecino. No, allí no es. Los pasos de nuevo. Una sirena de incendios. Otra sirena. Los pasos se detienen. La sirena sigue desgañitándose como perro espantado. Los pasos regresan. Algarabía! Pitos de carros. Los

pasos corren escaleras abajo. Un comandante loco viene aullando por toda la Central. Gritos. Gritos. El hombre mira la gorra y el reloj en el rincón dormido. La ventana del cuarto 87 se ha abierto sigilosamente.

Un hombre camina por el balcón. Los pantalones largos hasta el cuello, cuelgan de unos tirantes cortísimos. Una camisa negra hace más silenciosos sus pasos. Sobre el ojo derecho cae una gorra. En un corredor el fogón de latas humea. El hombre da unos golpecitos especiales a una puerta. No espera. La pluma gotea sobre el fregador. El hombre baja rumbo a la calle.

La Casa Müller no duerme. Allí, todos conocen a Stark. Si en Panamá no hubiera tantos policías, todos serían como Stark. Pero nadie nunca sabe nada. No importa. Mañana se propagará la noticia.

La Casa Müller no duerme: una mujer puja. Un hombre va hacia el excusado cubierto con un paño rojo. Se cree que un incendio estallará en cualquier momento.

—o—

Es un patio oscuro. Tiene mil salidas y ninguna entrada regular. La luna no llegaría hasta este Consejo del delito.

—That's Stark!

Un hombre acaba de entrar al patio. Salta un banquillo, luego una zanja, pasa debajo de un hilo de ropa que se seca al viento.

—Hello, Vic!

—Che!

–Spar!

–Pana!

–Y, qué tal.... Stark....!

–No hay tal! Casi me parten.

–Esa gente no parte a nadie, pana....!

–Tuve que clavar al boay!

–Bueno....y qué, Stark? Noj tamo derramando!

–Ese soldier es un limpio. La gorra y un relojito,

–Buck! – dijo Stark entregando las prendas al negro que le hablaba. Era de tórax robusto y vestía una “polo shirt” rayada. Lucía una leontina que casi arrastraba.

–Humphrey y Edward, vayan donde Alí. Tirenle pestaña.

Los hombres se fueron. Sobre el cemento dos dados comenzaron a correr.

–o–

Caminan por un portal oscuro. Uno lleva gorra de marino prendida milagrosamente. El otro, un sombrero de paja adornado con cintas vistosas.

Se detienen frente a una puerta que dice: “El Buen Amigo! Tocan.

–Alí.

—Quién es? Alí quiere dormir.

—Edward y Humphrey, Alí. Cargamento.

—Enseguidita! !

Una puerta lateral se abrió silenciosamente.

—Nadie ha visto?

—Nadie, Alí.

—Bueno, muy bueno, muchachos!

Humphrey sacó un paquete del seno de la camisa? que entregó a Alí. Estuvieron cómodos recostándose al mostrador.

—Un paquete chico de doscientos. Uno mediano de a quinientos. Y otro grande de a mil! Veinte dólares— Dijo Alí mirando la cara de los hombres. Sonreían.

—Qué tal, Edward?

—Lo matamos!

—Claro..... por ladrón! !

El turco Alí comenzó a sudar. Iba de uno a otro hombre.

—Veinticinco, pues. Alí es amigo! aumentó el turco.

—Y qué tal,.....Edward?

—Lo matamos!

Los visitantes buscaron algo en sus cinturas.

—Cuarenta, pues, cuarenta— ofreció Alí explicando que la noche estaba calurosa.

—Ta bien, pana! —

El turco sacó un paquetito que guardaba en el pecho.

Apartándose prudentemente contó.

—Diez.... veinte..... cuarenta— y se secó la nariz.

Los hombres se fueron. El turco levantó los puños.

Alí salió por una puerta secreta que lo llevó a un patio. Subió una escalera y cayó a una calle distinta, que se diría dormida si Alí no supiese que mil ojos lo seguían. Si tras de cada casa —en un patio macabro— no hubiese conciliábulos de muerte. Alí camina como quien lleva la espalda abierta: sabe de los palos en la nuca y de las pedradas silenciosas.

Rápido, da un giro violento y se mete en un recodo como ratonera. Toca. Adentro alguien puja. Vuelve a tocar.

—Qué es? — horada una voz de mujer triste.

—Alí, Concha, Alí.

—Bendito sea el Señor! Qué horas!

—Trabajo para tí, Conchita! Plata, plata, Conchita!

—Ya voy, ya voy, turco condenao. Pueda ser que me pesquen....

Apartaron un cajón. Se tropezó con algo y la puerta se abrió silenciosamente.

—Bastante trabajo, Conchita!

Sobre la pequeña mesa aparecieron tres paquetes.

—Quiero pronto eso, Conchita.

—Pa las diez Alí. Comenzando enseguida.

—Está bien. Ya tú sabes.... Conchita.

Un hombre saltó de la ratonera.

Bajo una guaricha y sobre una mesa, una viejecita comenzó a doblarse.

—o—

Sonaban las diez y una señora subía la Calle 12 de Octubre con paso de arriera. Una bolsa colgaba del brazo y un paño negro la disimulaba. “Alí.... Bueno... Bueno.... Alí.... Toda la noche trabajando. Si su hijo mayor lo supiera...? Pero es que el turco es bueno. Fía, fía y nunca sabe uno cuánto le debe. Ni cobra tampoco. Por eso a ella no le importa trabajar toda la noche....”

En eso un claxon tardío. Chillar agudo de frenos. Un ay! ahogado y sobre el asfalto caliente cayó la viejecita del paño negro recogido. Ayes ahogados saltaban de su garganta rota cuando cigarrillos largos y amarillosos rodaban por la calle. Cien hombres desde la esquina dijeron:

—Concha....!

Y guardaron sin disimular los cigarrillos.

Un carro se llevó a la vieja con su nuevo paño rojo cuando los hombres sin esperar la noche se fueron, jubilosos a gozar del insólito obsequio.

Panamá— 1954

LA ULTIMA AVENTURA DE GODOFREDO

Los días de pago eran fechas solemnes en el calendario de Puerto Armuelles. Bajaba la cholada de los bananales inundando las calles de borrachos y cantaderas. El pueblo, naturalmente, quedaba a merced del ron y los dados. Los agentes del orden público se evaporaban y al alcalde se le ocurría entonces viajar a David. Además, quién se metía con los gringos? Ellos eran en realidad los dueños de Puerto

Armuelles. Que se dejara a la gente divertirse; que escaciaran las cantinas y jugaran a la suerte, que de Puerto Armuelles nadie saldría ileso. Todo había de ser para la Chiriquí Land Company. Hombre que entraba a las plantaciones podía con tiempo buscar suelo para su sepultura, porque vivo no saldría. Y quién mejor que un agente del orden público para saber de estas cosas? Sólo en caso de asesinato, de un herido, o de accidentes fatales, se llamaba a las autoridades panameñas. Generalmente, asunto tan triviales se ventilaban y decidían entre tragos y cigarros en casa del gringo. Ya, al finalizar la juerga el médico de la empresa leía certificados de defunción en medio de la compalacencia unánime. Qué razón más graciosa e inofensiva que la malaria? Y así, el hombre a quien le cortaron el cuello de un tajo certero —el famoso salvadoreño llamado “Chivato”— murió de malaria; el que destripó la grúa del puerto murió de malaria; el muchacho que se cortó un pie y luego falleció gangrenado gritando como un alma en pena, murió de malaria. Sí, porque el gringo escogía la enfermedad y el forense certificaba.

Todo parece indicar que los sucesos que hoy son episodio eminente en la historia de Puerto Armuelles empezaron con la llegada del señor Inspector del Distrito Escolar de David. Hombre mozo todavía, pertenecía a esa gente que nadie ve envejecer. Y ocurre —murmuraba el pueblo— que el señor Inspector era el entusiasmo amoroso de todas las maestras del contorno. Y nadie como él para satisfacer cabalmente esas imaginaciones. Persona estimable, reputado de ilustre, tenía conciencia pagada de su físico, de su personalidad irresistible. Así, pues, confiado en semejantes providencias, llegó a Puerto Armuelles al comienzo de un año lectivo. Y cuentan que cuando descubrió a Marcela —maestra nueva en el caluroso pueblo—, fue presa de inesperado y agradable desa-

sosiego. Hasta se dice que prolongó su permanencia en Puerto Armuelles más días de los que prescribe el reglamento, víctima del inesperado encuentro. Pero Marcela era fría, lejana, se diría que la indiferencia misma. Semejante contratiempo no lograba otra cosa que agudizar el apetito del señor Inspector. “No sería ésta la muchacha capaz de sobrevivir su asedio, porque debe tenerse en cuenta que no usaba todos sus recursos. En realidad, no los necesitaba”. Pero los días pasaron, partió y regresó otras veces a Puerto Armuelles y Marcela proseguía helada a su acoso.

La noche que hizo historia fue de pago. El pueblo se llenó de indios, extranjeros y gente que comerciaba. Por su parte, el señor Inspector del Distrito Escolar de David contra su costumbre se dio a libar acompañado de altos empleados de la Compañía Frutera, en un modesto local del pueblo. Se notaba a distancia que algo le disgustaba. La cantina, en la que ya no era posible alojar un nuevo cliente, mantenía abiertas sus angostas puertas, en una manifiesta provocación al desastre.

Pronto se comprendió que era prudente cerrar las puertas, con lo cual la situación se hizo más explosiva. Es que por el sitio más insospechado cavilaban uno, dos y tres machetes. Allá, junto a la caja de la cantina, dos revólveres recordaban su probada utilidad en estas ocasiones. El suelo ni se reconocía de tanto sombrero tirado, pañuelos perdidos, navajas abandonadas, en fin, el piso semejaba un candente muladar. Y tal era el escándalo que nadie oía a nadie. Pero por momentos, como si todos se pusiesen de acuerdo, se abrían unos compases de silencio y entonces se escuchaba tragar a la gente, respirar al cantinero y algún estornudo imprudente. Cosas que suceden, porque así se hace la historia, se hace la vida y también llega la muerte.

Quando parecía que el alboroto iba a subir hasta tonos no registrados; cuando la cantina amenazaba con volar, se produjo un súbito e imprudente silencio, porque fué así como todos oyeron la voz del señor Inspector del Distrito Escolar de David. La oyeron todos, pues en ese instante el vuelo de una mosca escandalizaba.

—Yo lo digo así, señores. Y lo repito! —Gritaba el señor Inspector— De Godofredo Barragán no se burla nadie, me oyeron? Nadie!

—Pero mire usted, don Godofredo, que no es para tanto....—le atajó sumiso un consejo.—

—Bah! Mosquita muerta! Vean, yo les digo a ustedes: esa Marcela —y que se muera Godofredo Barragán si no es así— esa Marcela será mía. A las buenas o a las malas —insistía a pleno pulmón don Godofredo en los transtornos de una total ofuscación.—

El nombre, dicho así, en momentos en que ni el silencio se atrevía a despertar, se esparció por la cantina como una detonación.

El ambiente se hizo más espeso y el cantinero, a punto de proferir una maldición, se contuvo. Un hombre que sostenía un sombrero que probablemente hubiera caído, se lo colocó en la cabeza con toda meticulosidad. Y la multitud se volvió atenta hacia la mesa en donde el señor Inspector del Distrito Escolar de David reiteraba el elogio de su virilidad:

—De mí no se burla nadie. Ya verán la cara que pondrá cuando me acueste en su cama. Oigan bien lo que les digo:

para Godofredo Barragán no hay mujer difícil.— Y daba, con una mirada desafiante, vuelta al ruedo.

Alguien se acercó. Un hombre cualquiera; seguramente un cortador de las bananeras.

—Vea mozo —dijo dirigiéndose al señor Inspector— mejor es que no hable así, porque en más de una vez se ofende sin querer y se dicen cosas que uno no pensó.

—Y quién es usted para darle consejos a Godofredo Barragán?

--Nadie señor. Estaba diciendo, no más.

—Cállese, entonces! !

Que cómo empezó el altercado? Imposible saberlo, porque los más autorizados, los testigos presenciales, no se ponen de acuerdo. Unos afirman que Godofredo empujó al paisano; otros que el paisano, cuando aquello de "cállese! !" le dio tal planazo al Inspector en la espalda que éste buscó puertas donde no había para huir; unos terceros opinan que el cantinero intercedió para traer la concordia y lo que acercó fue el fósforo a la mecha. A decir verdad, aunque muchos consideran estos detalles cosas delicadísimas, nosotros pensamos que carecen de importancia. Mas lo cierto es que en ese instante se precipitó la desventura porque al producirse el griterío de la muchedumbre, estalló una granizada de tiros. Entonces fue aquello: los parroquianos volaban por encima de las puertas, mientras las mesas andaban por el aire. La luz se apagó y cuando los machetes comenzaron a sonar no había ser humano que no aullara enloquecido. La casa daba tumbos. Botellas y sillas saltaban a la calle como si lloviera.

La desgracia se diseminaba atolondrada y la contienda se propagó por todo el pueblo. En la calle, en la plaza, en todas partes se peleaba a muerte. Los más bravos arremetían contra los postes, las paredes, cualquier bulto que les recordara la figura humana.

No terminó allí la batalla. Toda esa noche reventaban peleas en cada esquina. Los borrachos, soltando gritos espeluznantes y golpeando el machete contra la tierra, iban y venían por todo el pueblo buscando lo escondido. Dentro de las casas nadie dormía. Los rezos tal vez fueran los únicos frenos capaces de contener a esos bananeros endemoniados.

Cuando la madrugada se aproximaba, la calma y el silencio regresaron a Puerto Armuelles. La cantina donde ocurrió la explosión estaba edificada sobre cortas columnas. Bajo ella era muy difícil que persona alguna pudiese cobijarse. Era más bien un aposento de ratas, de gatos y sobre todos de cangrejos cuando subía la marea. Pero es el caso que cuando más seguro parecía el retorno de la tranquilidad, un hombre comenzó a salir de debajo de la cantina haciendo terribles y dolorosos esfuerzos. En primer término apareció una cabeza desgreñada que mandó unos ojos espantados a reconocer. El resto de la humanidad se fue liberando poco a poco, tímidamente, como un ratón en casa extraña. Se irguió. Oteó hacia el norte, el sur, el este y hacia muchos otros puntos cardinales. Nadie! Las voces y ruidos de machetes habían desaparecido. Al fin sólo! Sigilosamente caminó hacia la casa escuela. Se oía de vez en vez un canto de gallo. A ratos, el hombre caminaba junto a las aceras solicitando la ayuda de las sombras; pero esto también era riesgoso, pues quién podía asegurar que esos malditos indios no estarían descansando sobre un portal? Al fin llegó a la plaza. Enfrente, al otro

lado, la casa –escuela. Por fortuna, nada había que temer: todo parecía sometido al sueño. Un paso más y súbitamente el mundo empezó a arder nuevamente.

–Ah, carajo, si es el hombre! – gritó alguien, muy cerca de él.

Fueron momentos terribles. Absolutamente indescriptibles. Todo le ordenaba huir, pero, en qué dirección? No sabía de dónde se le acercaba esa voz. Esas voces. La desgracia total.

–Vélo no más, si es el Inspector! ,–se arrastró una voz aterradora.

Santo y seña. De todas partes –de los portales, de los callejones, del atrio de la iglesia– surgían hombres nuevamente enloquecidos. Qué hacer? Huir, huir, no importa hacia dónde.

–Agárrenlo!

–Mátalo! Cápallo!

–Ah, Godofredo Barragán!

–Arreglen al Inspectorcito!

Era una jauría hambrienta. Escasamente seis pasos adelante cortaba tierra Godofredo. Tras él, sonaban los machetes y aullaban los hombres borrachos.

–Auxiliooooo, policiaaaaa!

—Cállate, Godofredo, que ahorita mismo vas a paladear el calor del catre de la niña.

En la desesperación, Godofredo dobló por un atajo que lo llevó nuevamente a la plaza.

—Por ahí vá!

—Dobló pa la plaza!

Eran cientos, miles de hombres los que perseguían la desesperación de Godofredo.

—Ayayay, carajo, se nos va el hombre!

—Atájenlo!

La algarabía era descomunal. El pueblo tras las puertas se arrodilló nuevamente confiando al rezo su suerte. Desde el interior de las casas se calculaba muy bien el horror de los sucesos callejeros. Los viejos aseguraban que peor no fue la Guerra de los Mil Días. Esa muchedumbre armada y hambrienta no la habían visto nunca en Puerto Armueiles. La tierra temblaba, las casas temblaban, los niños temblaban, cuando esa jauría enajenada corría de una calle a otra buscando ansiosa la humanidad del señor Inspector. Y aunque todo el mundo calculaba, aún los más parcos, encontrar al amanecer unos quinientos cuerpos cercenados y un número no menor de heridos, lo cierto es que por todo testimonio de la espantosa ordalía solo pudo recobrase el cuerpo inconsciente de Godofredo Barragán, el señor Inspector del Distrito Escolar de David, afán amoroso de incautas maestras. Y sería pertinente aclarar —ya que, como dijimos, el

origen de estos sucesos eminentes en la vida de Puerto Armuelles no está del todo aclarado.—, que es del dominio público que Godofredo no murió decapitado, ni de cortada alguna, y que su cuerpo no mostró más heridas que unos soberbios planazos en la espalda y en las nalgas. Pero cuentan que nunca más volvió a Puerto Armuelles.

Y un día después, cuando las autoridades civiles y militares consideraron prudente regresar al pueblo, la calma estaba restablecida y pudieron reasumir sus deberes sin mayores preocupaciones, porque muchísimos años más tarde, Godofredo Barragán murió de muerte natural.—

Panamá— 1952

LA CASA EN EL CUARTO SIETE

A Tristan Solarte

Se detuvo, desprevenida, en la mitad de mi asombro. Con un gesto que casi no fue saludo, sonrió, envuelta en esa tenaz indiferencia con que miraba las cosas del mundo. Venía, casi que a mitad de la calle, inconsciente de cuanto la rodeaba: No me detuve siquiera. Estremecido por el encuentro no atiné a encontrar palabras propias y ninguna otra acudió para ayudarme en mi desconcierto. Desapareció tal

como vino, cuando aún me limpiaba las veladuras deslumbrantes del estupor.

Sin embargo, algo en su gesto lánguido, en su mirada donde creí sorprender un pedazo de escondida alegría, me llevó a imaginar que quizás finalizaba esa ansiosa búsqueda, más bien inútil persecución a que la sometí en los pasados años.

Entonces, todavía al resplandor del hallazgo, recordé nuestros primeros encuentros. El modo como desaparecía cuando la consideraba atada. En un comienzo, estos pequeños misterios se me antojaban travesuras que envolvían en fulgores nuestras apagadas relaciones. Luego, cuando lo que me parecía gracioso en los inicios, se me tornó ridículo, me di a buscarle explicación al misterio de sus desapariciones. Desapariciones sin señales ni presagios, que cada día se hacían más densas, prolongadas, y grises.

Cuando escapé al asombro me juré encontrarla para siempre.

No fue asunto fácil pero cuando ocurrió era como si estuviese esperando desde antaño.

—Te buscaba...

—Lo sé!

—Debemos vernos...

—Para volver a empezar...? Comenzar lo que nunca tuvo ni tendrá sentido...?

—Qué perdemos...?

Entonces apareció en su rostro esa sombra, digo mejor, ese brillo memorable que viene con los presentimientos. Su rostro, de habitual lánguido, desprevenido, siempre como en los recodos de grandes renunciaciones, comenzó a hundirse en una sutil ironía, sujeto a los pliegues de una sonrisa suspendida. De pronto fue la resolución inolvidable:

—Está bien— me dijo, mientras acercaba a mi rostro, sus ojos —Recuerdas donde nos vimos la última, la calle aquella en que...

—Sí—

—Cerca de allí vivo. Una cuadra más allá, haciendo esquina con esa calle, hay una casa azul de dos pisos. Vivo en el cuarto siete. Ve a buscarme mañana a la una de la tarde.

La fecha nunca he podido olvidarla. Era sábado de carnaval. Luego veremos por qué asunto tan sin cuidado se ha vuelto un auténtico tormento en mi vida. Digo esto sin aspavientos ni exageraciones, y quiero que este terrible asunto se comprenda así, con la tremenda sencillez con que apareció en mi vida. Digo, pues, que al siguiente día, como perseguido por precisas e irrevocables indicaciones, me lancé a la calle donde una estremecida multitud sujetaba a la ciudad por la cintura.

Serían la tres de la tarde cuando arribé al sitio de mis persecuciones. Pasé exactamente por el lugar en donde la reencontré en la mitad de mi estupor. Caminé sin apremios pero tremolante. Hacia el final de la cuadra, doblé la esquina

y me detuve frente a la casa azul. Nada tenía de extraordinaria. No era muy grande pero sí larga; no era nítida ni llamativa, pero tenía el modesto encanto de las cosas a medio envejecer. Ante a mí, comenzaba un largo corredor. Apartamiento uno....dos....tres...cuatro... cinco...seis.... ocho....Nuevamente a los comienzos: uno....dos....tres....cuatro....cinco.....seis....lo interminable. Pero lo extraño es que su puerta, la que correspondía al apartamento siete, estaba allí, pero carecía de la más ligera identificación.

Nueva tentativa y me detuve frente a la puerta esquiva. Toqué discretamente. Un silencio increíble en esa tarde de carnaval, me convenció de que no había respuesta. Nuevos intentos, para idénticos resultados. Pensé que lo propio era alejarme y dar tiempo a la evidente impuntualidad. Pasaron horas de algarabía y ansiedad. Atardeciendo, regresé a la puerta sin nombre de la casa azul. Todo resultaba inútil. En esta ocasión acosé con apremio el pomo pero estaba con llave. Convencido entonces de que enfrentaba otra ironía de la impenitente fugitiva, me alejé camino al fragor del carnaval, prometiendome de que jamás reiniciaría aquella estúpida persecución.

No duró mucho esa ruda decisión. Cuando serían las diez de la noche, una extraña sensación situaba frente a mis preocupaciones la casa azul. Mirando a todos lados, en ese torrente ardoroso de pueblo, me tropezaba con el vano hocco de la puerta sin nombre y sin números. No pude escapar a la tentación. Me encaminé al lugar de mis tribulaciones.

Allí estaba la casa silenciosa. A esa hora, unas cuantas luces indecisas daban al largo corredor un ambiente de duda y sosiego. Caminé derecho a la puerta obsesiva. Aguardé in-

de eso. Para qué insistir ante ese obstáculo sellado, cosido a la eternidad, ese umbral inviolable...? Había venido desde muy lejos y ya ni todas las burlas del mundo, ni la más ácida de las ironías podría detenerme. Moví el pomo y cedí suavemente como si me esperaran. La puerta comenzó a girar sin ruidos y dejó ante mí una pequeña sala. Un enorme canapé casi la ahogaba. A la izquierda, sobre una mesita, un teléfono y más allá dos sillas concluían el mobiliario y la decoración. Permanecía el silencio al cobijo de una penumbra extrañamente clara. Crucé la sala y me detuve en una puerta que daba a una amplia recámara. El estupor y el ansia me agarraron al mismo tiempo. A mi izquierda, sobre un canapé, una espléndida muchacha —dieciséis... veinte años..? — dormía profundamente. A la derecha, en una cuna, un niño. En el centro, sobre una ancha cama, un hombre trigueño, con una pierna cruzada, no sé si dormía o pensaba. El silencio estaba definitivamente clavado en ese aposento de la incertidumbre. Sigilosamente, me senté junto a la muchacha que dormía y tomándole una mano le dije casi al oído:

—Dónde está Claudia...?

—Uhh....?

—Que dónde está Claudia...

En medio de un sueño espeso que a trechos se le aclaraba, respondió: “Salió, regresa enseguida...”

Me levanté en el acto y de pie en el umbral miré con asombro y asustamiento ese cuadro increíble.

Abandoné el lugar. Cuando pensé que era oportuno, llamé a la casa azul. Para mi sorpresa, una voz aspera me atajo:

—Diga...

—Con Claudia, por favor....

—Aquí no vive ninguna Claudia, señor! Esta es la familia Inestrosa.

Cerramos al mismo tiempo. A este punto, mi desconcierto era irreparable. Volví a marcar el número, con idéntico resultado. No había duda: yo estaba en lo correcto, pero evidentemente, hablaba con otros seres.

Desperté a la mañana siguiente en los calores de la incredulidad. Reconstruía una y otra vez los hechos y desembocaba en la misma conclusión. De modo que me encaminé a la casa azul. Todo era igual por los alrededores. Casi no había personas. Al doblar la esquina me detuve violentamente paralizado por el desconcierto: la casa azul había desaparecido. En su lugar, sólo un terreno baldío, lleno de una yerba amarillenta, que aún puede verse. Miré hacia todas las latitudes y sólo la indiferencia prevalecía por esos parajes.

Estuve sin noticias de ella hasta una tarde en que, como lo había hecho muchas veces desde aquellos ensordecedores sucesos, me acerqué a la floristería. Estaba en el mismo sitio esperando eternidades. —Con el desgano conocido levantó los ojos— descorrer de silenciosos cortinajes— y clavó en mí su mirada.

—Te he buscado— le dije.

—Lo sabía..

—Fui a la casa que me indicaste y no estabas. Sólo encontré un grupo de personas dormidas...extrañas...un hombre...

—Lo sé!

—Lo sabías...?

Entonces agarrándome con sus ojos indiferentes y como si por vez primera confesara algo muy suyo y muy callado, explicó:

—La muchacha que viste durmiendo cerca a la puerta, la misma a quien preguntaste por mí, era mi hermana Marta; el niño, en la cuna, mi hijo. El hombre que dormía en la cama

INDICE

	Pág.
Herenia, la lejana	7
Piedra	15
El Hilo de Sangre	23
El Meteorólogo	31
Salinas! !	45
De las cosas que ocurrieron cuando la incorregible	
Austroberta tapó la olla	59
Cruce de cartas	77
Perdiendo el Rastro	87
Calidonia 126	93
La Ultima aventura de Godofredo	101
La Casa en el cuarto siete	111

Esta obra se terminó
de imprimir en La Editora
de La Nación en el mes
de julio de 1975



Ramón H. Jurado es sin duda el novelista más completo de su generación. Es, además, el mejor dotado y el de producción más rica y variada. Su obra narrativa comprende: San Cristóbal (1947), Desertores (1952) y El Desván (1954). En las dos primeras, a pesar de sus muchas excelencias, Jurado paga su cuota al neorrealismo de la generación anterior, debido quizá a la precocidad de su gestación. Pero con El Desván, la más notable de todas, Jurado asume de manera prominente las preferencias de su propia generación. Muchos de los elementos que caracterizan a la novela contemporánea quedan configurados en esta pequeña y excelente narración: inconexión de la disposición narrativa, inseguridad del narrador, mundo de la conciencia, temple existencial etc.

Este breve itinerario de su producción novelística puede seguirse, paso a paso, en otras de las facetas de su importante obra narrativa: sus cuentos, que ahora se publican por primera vez en forma de volumen. En efecto, estos cuentos han sido escritos en épocas muy distintas y distantes; de ahí el desnivel de concepción y estilo que se advierte en la lectura de ellos. Este hecho, claro está, no desmerece sus valores intrínsecos; muy por el contrario, evidencia el desarrollo creador de Ramón H. Jurado. Frente a relatos de corte tradicional, apoyados en una concepción ruralista, fuertemente nacionalista y de marcado realismo documental se encuentran otros en que, sin dejar de nutrirse de la savia nacional, la interpretación de la realidad adquiere mayor relieve y profundidad, debido a la inclusión de ciertos ingredientes mágicos y míticos en el tejido de la narración.

En todo caso, los cuentos que ahora se publican son un testimonio vivo; elocuente de las singulares dotes narrativas de este notable escritor panameño.

FRANZ GARCIA DE PAREDES